

Reseña

Review

Badiou, Alain. *La verdadera vida. Un mensaje a los jóvenes*. Barcelona: Malpaso, 2017, 121 pp.

José Francisco Desentis Torres

Universidad Nacional Autónoma de México

f.desentis08@gmail.com

Fecha de recepción: 16 de julio de 2018

Fecha de aprobación: 21 de septiembre 2018

La casa editorial Malpaso dispone al público de habla castellana, a través de su característico trabajo de diseño, con una sobria y elegante pasta envuelta en una colorida faja que hace juego con el tono de los cortes (por cierto, esta vez anaranjados), la más reciente “idea militante” de Alain Badiou. *La vraie vie* (2016) no tiene otro destino que, permaneciendo fiel al ethos socrático, corromper a la juventud vía la filosofía, pero, al mismo tiempo que ofrece la radicalidad característica de nuestro filósofo, también se trata de un escrito sumamente personal.

En efecto, si bien el texto está introducido por un análisis tanto de la crisis de simbolización contemporánea como de la advertencia sobre las tentaciones que la juventud debe evitar, si es que quiere reconocer la “verdadera vida”, por otro lado, está capitulado en dos partes dedicadas a sus hijos (“el devenir contemporáneo de los chicos”) y a su hija (“el devenir contemporáneo de las chicas”). Es como si Badiou mostrara, a su manera, in actu excersito, la repetida consigna de la lucha post-1968: “lo político es personal, lo personal es político”. De igual manera, cabe dar noticia que, aunque el texto está destinado como un “mensaje a los jóvenes”, lo cierto es que no pocos pasajes están escritos en lacaniano –sobre todo lo que compete a los dos capítulos referidos–, de modo que la inteligibilidad filosófica y política de la introducción parece tornarse después en exposiciones a ratos un tanto crípticas para el lector poco enterado de la “anti-filosofía” psicoanalítica de Lacan. Dicho esto, entremos en materia.

El mensaje de nuestro filósofo inicia con el señalamiento del factum que distingue a nuestra época contemporánea respecto de las anteriores, a saber: el anuncio de una salida por vez primera plena del “mundo jerarquizado de la tradición”. La

evidencia de este hecho se encuentra en la ausencia cada vez más radical de toda organización simbólica jerárquica de la vida cotidiana, principalmente, referida al entorno familiar y estatal. Sin embargo, la paradoja de la libertad experimentada por esta destrucción de la simbolización tradicional consiste en que no se ha propuesto o, mejor dicho, no se ha reconocido la necesidad de construir una organización simbólica alternativa. Hoy, la libertad se vive, principalmente entre los jóvenes, en la forma de aquello que Hegel llamaba la “mala infinitud”, pero configurada desde hace algunos años en la compulsión consumista de los llamados “mercados de las experiencias”.

En un gesto aparentemente poco generoso en cuanto al criterio cuantitativo para determinar la edad de la juventud –sólo “los más rebeldes de menos de treinta años”–, es claro que Badiou quiere interpelar a aquella generación que en la actualidad está en boca de todos: la generación “millennial”. Y es que, ante la tendencia ideológica del “jovenismo” o la “adolescencia infinita” de la sociedad en su conjunto, Badiou percibe una errancia y desorientación brutal de los jóvenes merced a la culminación del desmantelamiento de la tradicional “iniciación simbólica” –por caso, el servicio militar para los chicos y el matrimonio para las chicas– que marcaba el tránsito al hecho de ser adulto. Por si no bastara, dicha tendencia se agudiza al compás de la marcha del infortunio que hoy significa ser viejo: alguien desacreditado de todo tipo de autoridad experimental, moral o cognoscitiva.

Aunque nuestro filósofo reconoce que la “nueva libertad” de la juventud contemporánea –consecuencia directa de la falta de “iniciación severa” para ser adulto– tiene como efecto positivo la apertura del horizonte de las pasiones más básicas que le son propias, a saber: la “pasión de quemar la vida” (apetencia por lo inmediato) y la “pasión de construir la vida” (apetencia por el éxito) –ciertamente también advertidas como obstáculos de la “verdadera vida”–, no obstante, la paradoja de esta libertad permisiva consiste en que la tachadura de la prohibición explícita de “la Ley” se ha limitado a liberar a la juventud en las banderías de quienes ingenuamente suponen que no es necesaria ninguna simbolización (desde los radicales activistas de “nadie me representa”, hasta los liberales post-ideológicos de “el cambio está en uno mismo”) y quienes quieren la restitución de la tradición o, en su defecto, la imposición de un “nuevo” orden jerárquico (conservadores de todas las tallas y gamas). Contra tal disyuntiva, Badiou quiere corromper a la juventud al proponer una tercera vía: la apuesta por una nueva organización simbólica igualitaria.

Así pues, la encomienda de nuestro filósofo no es restituir la organización simbólica perdida sino, por el contrario, la invención de una organización simbólica igualitaria o no jerárquica.¹ La radicalidad del detentor de la “Idea comunista” se deja ver cuando sin rubor exige que esta nueva organización debe estar más allá del Estado y, contra Platón, reconoce el valor de los poetas para esta tarea, “pues son los poetas

1 Alain Badiou, *La verdadera vida. Un mensaje a los jóvenes* (Barcelona: Malpaso 2017), 48-50.

quienes saben encontrar lenguajes nuevos para este tema de partir, de desarraigarse, de arrancarse a uno mismo, de los símbolos inventados”.² Ahora bien, la “idea militante” –en verdad, una estrategia política– a seguir, para la consecución de una simbolización no jerárquica, es la construcción de una alianza entre los jóvenes y los viejos contra los adultos “bien establecidos” –de más de treinta y cinco años, “cuarentones y cincuentones”– que actualmente ostentan el poder. Esto es, el exceso de vitalidad juvenil aliado con la experiencia (práctica y reflexiva) vital de los viejos ofrecería, según esto, una mancuerna genial para hacer frente a la crisis contemporánea de simbolización. Y, a decir verdad, sorprende un poco el alcance que Badiou quiere otorgar a dicha estrategia: “Todo, absolutamente todo, depende del renacimiento definitivo de esta alianza y de su organización política a escala mundial”.³

Por lo tanto, ante la hegemonía de los adultos desesperados por desembolsar compulsivamente su salario en la compra de todo aquello que prometa una continuidad laxa con la juventud –desde juguetes grandes, pasando por las sesiones de fitness y llegando hasta la cirugía plástica–, los viejos y los jóvenes habrían de asumir como imperativo inventar “las nuevas máquinas de simbolización que necesita el nuevo mundo”.⁴ Se trata de un llamado a la construcción de nuevas subjetividades cuyo grito de guerra sería, como afirma Slavoj Žižek, don’t act. Just think.

El axioma sobre el cual descansa dicha idea no es, como podría parecer en un comienzo, de poca monta; “La filosofía, el tema de la filosofía, es la verdadera vida”.⁵ Esta apelación a la antiquísima actitud socrática respondería avant la lettre a, de menos, cuatro probables objeciones contra la estrategia de la “Idea comunista” –o lo que es lo mismo, la organización simbólica igualitaria–, a saber: 1) el factum de la salida de la tradición no se traduce en un unilateral rechazo de lo producido en la misma; 2) la filosofía, las Ideas, no es una labor enclaustrada en textos sino que se ocupa de la vida misma; 3) por decirlo con su Manifiesto por la filosofía, “no sólo hay cuerpos y lenguajes, sino que hay verdades” y 4) existe una incidencia, ciertamente no directa, de la filosofía en la política.

De esta manera, el par de capítulos del libro apelan a la manifestación particular de la aludida crisis de organización simbólica en la división elemental de los sexos: los hombres y las mujeres. La tesis fundamental es esta: la organización simbólica tradicional del hombre sobre la mujer ha sufrido en los hechos una inversión obscena, es decir, el desmontaje del “nombre del Padre” en la sociedad contemporánea ha desencadenado dos extremos, por un lado, un hombre siempre ya inmaduro condenado a la adolescencia perpetua y, por otro lado, una mujer siempre ya madura condenada a ser adulto prematuramente. Según Badiou, en dicha oposición irreconciliable se

2 Badiou, *La verdadera vida*, 52.

3 Badiou, *La verdadera vida*, 40.

4 Badiou, *La verdadera vida*, 56.

5 Badiou, *La verdadera vida*, 11.

alcanza a prefigurar para la mujer la posibilidad de hacerse del sitio de “lo Uno” –una nueva organización simbólica jerárquica– merced al impulso que la economía hace de ellas como “ejército de reserva del capitalismo triunfal”.⁶ Leído apresuradamente, pareciera que el cometido de Badiou es advertir sobre las posibilidades de la imposición de un matriarcado. En realidad, lo que quiere destacar es la situación paradójica contemporánea de la división sexual donde la oposición irreductible de la misma puede desencadenar tres “soluciones” elementales: 1) un regreso desesperado a la tradición; 2) la imposición de otra organización simbólica jerárquica y 3) la invención de una simbolización igualitaria. La cuestión radica en que el proceso para la construcción de una nueva subjetividad –si se quiere realmente hacer efectiva la “verdadera vida”– no será el mismo para los hombres y las mujeres. Nota bene: aquí Badiou hace gala de su particular apropiación de Lacan y Deleuze.

El caso de los hombres. La organización simbólica tradicional preparaba al hombre a porrazos y represiones bien dirigidas para que, llegado el momento, se hiciera con el sitio de “lo Uno”. El “nombre del Padre” cumplía la función de dotar de sentido (jerárquico, enajenado y lo que se quiera, pero sentido al fin y al cabo) a la orientación de los muchachos en el inicio de la vida adulta. Con el desmantelamiento de dicho “punto” de fijación simbólica, se produjo una liberación de las represiones impuestas directamente por la tradición. Sin embargo, como ya se dijo, esta nueva libertad permisiva –cuyo síntoma par excellence es la sustitución del carácter distante de la autoridad, jefe o padre, por una cercanía presuntamente “amigable” de la misma– en realidad encubre formas más sofisticadas de represión que sólo son sostenidas merced a la “solución” anónima del imperativo consumista del capitalismo. Badiou deja ver cómo en el propio cuerpo de los jóvenes se manifiestan tres actitudes elementales de dicha libertad abstracta: pervertido (personalidad a-subjetiva), sacrificado (nihilista y suicida) y sumiso (atrapado en la dinámica del success). Es la condena de los hombres a una adolescencia perpetua.

En el caso de las mujeres, en la medida que el “nombre del Padre” no tiene lugar, las muchachas ya no están sometidas al imperativo masculino de su realización como mujeres sólo tras el matrimonio y la maternidad. Al contrario de los hombres, las mujeres no experimentan una desorientación absoluta por la ausencia del “punto” de simbolización, pues la tradición les había negado ab initio la posibilidad de ocupar dicho sitio. Lo que se abre para las mujeres más bien es la oportunidad de hacerse del sitio de “lo Uno” merced a la falta del “nombre del Padre”, sin embargo, es una oportunidad abierta no reconocida, sino que simplemente “está ahí”. La consecuencia de esto es una maduración prematura de la mujer o, mejor dicho, que siempre se es ya mujer no habiendo lugar para la adolescencia. Aunque Badiou señala lo positivo de esta independencia de lo femenino, también advierte que uno de los principales (que

6 Badiou, *La verdadera vida*, 111.

no únicos) impulsores de ella ha sido del capital, por ello advierte: “hoy en día las mujeres deben desconfiar ya no de los hombres, sino de lo que el capital les propone como liberación”.⁷

Tras todo esto, ¿qué es, entonces, la verdadera vida? Ciertamente no es un conjunto ordenado o intempestivo de proposiciones bien delimitadas ni tampoco algo que pueda señalarse con el dedo. La paradoja que nos enseña la filosofía es que no hay modo directo de caer en la cuenta de la “verdadera vida” sino, por el contrario, sólo puede reconocerse a vueltas. Por ello, siguiendo al buen Sócrates, nuestro filósofo advierte que a diferencia de la “falsa vida” atrapada en las pulsiones inmediatas del dinero, placer y poder; la “verdadera vida” –digámoslo al fin– consiste en el círculo (que no vicioso) de asumir el estatuto subjetivo de nuestra persona para proponer retroactivamente nuevas orientaciones a la vida misma y, así, se impulse a la construcción de un nuevo sujeto y una nueva organización simbólica igualitaria.

7 Badiou, *La verdadera vida*, 119.